

PERÚ EN ALTO



Alfredo Pérez Alencart



MUNICIPALIDAD DE LIMA

ALFREDO PÉREZ ALENCART

PERÚ EN ALTO



Colección
Lima Lee





ALFREDO PÉREZ
ALENCART

Alfredo Pérez Alencart

Nació en Puerto Maldonado, Perú, el año 1962

Poeta y ensayista peruano-español. Profesor de la Universidad de Salamanca donde se incorporó en 1987. Es coordinador, desde 1998, de los Encuentros de Poetas Iberoamericanos que organiza la Fundación Salamanca Ciudad de Cultura y Saberes. Sus poemarios publicados son, entre otros: La voluntad enhechizada (2001), Madre Selva (2002), Hombres trabajando (2007), Cristo del Alma (2009), Savia de las Antípodas (2009), Cartografía de las revelaciones (2011), Prontuario de Infinito (2012), Memorial de Tierraverde (2014), Los éxodos, los exilios (2015), Ante el mar, callé (2017) y Barro del Paraíso (2019). Su poesía ha sido parcialmente traducida a cincuenta idiomas y ha recibido, por el conjunto de su obra, el Premio Internacional de Poesía Vicente Gerbasi (Venezuela, 2009), el Premio Jorge Guillén (España, 2012), el Premio Humberto Peregrino (Brasil, 2015) y la Medalla Mihai Eminescu (Rumanía, 2018), entre otros. Hay seis volúmenes con estudios sobre su poesía escritos por más de doscientos autores y, de la misma, se han hecho varias antologías: Brasil, Alemania, Perú, Francia, Chile, Argentina, Croacia, Portugal, Rumanía.

Sobre él advirtió Ricardo González Vigil: «En el Perú no goza del reconocimiento que se merece como uno de los poetas más personales y admirables de los últimos lustros. (El Comercio, 2010)».

Perú en alto

Municipalidad de Lima

Juan Pablo de la Guerra de Urioste
Gerente de Educación y Deportes

Christopher Zecevich Arriaga
Subgerente de Educación

Doris Renata Teodori de la Puente
Asesora de Educación

María Celeste del Rocío Asurza Matos
Jefa del programa Lima Lee

Concepto de portada:
Melissa Pérez

Diseño y diagramación:
Ambar Lizbeth Sánchez García

Editado por la Municipalidad de Lima

Jirón de la Unión 300, Lima

www.munlima.gob.pe

Festival Internacional Primavera Poética

Harold Alva Viale
Presidente de la Organización

Comité Consultivo
Carlos Ernesto García (El Salvador)
Roberto Arizmendi (México)
Omar Aramayo (Perú)
Leopoldo Castilla (Argentina)
Omar Lara (Chile)

Director Cultural
Sixto Sarmiento Chipana

Asesor de comunicaciones
Luis Miguel Cangalaya

Jr. Buenaventura Aguirre 395.
Of.: K. Barranco, Lima.

https:/web.facebook.com/fipperu2019/

Lima, 2020

Esta publicación es un esfuerzo entre la Municipalidad de Lima y Primavera Poética para las ediciones de la colección del programa Lima Lee.

Presentación

La Municipalidad de Lima, a través del programa Lima Lee, apunta a generar múltiples puentes para que el ciudadano acceda al libro y establezca, a partir de ello, una fructífera relación con el conocimiento, con la creatividad, con los valores y con el saber en general, que lo haga aún más sensible al rol que tiene con su entorno y con la sociedad.

La democratización del libro y lectura son temas primordiales de esta gestión municipal; con ello buscamos, en principio, confrontar las conocidas brechas que separan al potencial lector de la biblioteca física o virtual. Los tiempos actuales nos plantean nuevos retos, que estamos enfrentando hoy mismo como país, pero también oportunidades para lograr ese acercamiento anhelado con el libro que nos lleve a desterrar los bajísimos niveles de lectura que tiene nuestro país.

La pandemia del denominado COVID-19 nos plantea una reformulación de nuestros hábitos, pero, también, una revaloración de la vida misma como espacio de

interacción social y desarrollo personal; y la cultura de la mano con el libro y la lectura deben estar en esa agenda que tenemos todos en el futuro más cercano.

En ese sentido, en la línea editorial del programa, se elaboró la colección Lima Lee, títulos con contenido amigable y cálido que permiten el encuentro con el conocimiento. Estos libros reúnen la literatura de autores peruanos y escritores universales.

El programa Lima Lee de la Municipalidad de Lima tiene el agrado de entregar estas publicaciones a los vecinos de la ciudad con la finalidad de fomentar ese maravilloso y gratificante encuentro con el libro y la buena lectura que nos hemos propuesto impulsar firmemente en el marco del Bicentenario de la Independencia del Perú.

Jorge Muñoz Wells
Alcalde de Lima

PERÚ EN ALTO

De CARTOGRAFÍA DE LAS REVELACIONES

Perú

Yo he bebido esa leche verde que va nutriendo el goce
tras comer y dormir
en los pezones de árboles susurrantes
guardando el fruto que a diario perfumaron
el delta de mi desamparo
cuando fui puesto en la costa más agria
mostrándome su pesado cortinaje de garúas
y de vaso en vaso
quebré el extravío sin quemar consuelos
por el hervidero Capital
donde hasta el aire me acosaba
como bestia sedienta restregando su sobaco
en mi nariz.
Pero avancé por el desierto
del ardor
con mis raíces y fastidios,
tan caracol para llegar seguro, lleno de ecos
cargando chispas o mareas y semillas de la noche
por el témpano azul de los Andes
que desde niño divisaba
horizonte al fondo de mi calurosa Tierra,

región fiel y delirante
en las aguas que repetían su imagen ceremonial
a vuelo de águila danzante del cielo
mientras yo abría códigos
de chirriantes exorcismos que a veces
adivinaba
con las plumas de la libertad.
Mi lengua saborea
una porción del Perú que fue amansada
por mis ancestros,
secretas selvas con diez mil años de recuerdos
y cálidos hechizos
y pequeños proyectos tramitándose
sin renegar de la leyenda.
Por eso no lavo mi amor
en esta tarde que me filtra el Puerto
de mi desembarco. Por eso
atravieso el río sin parpadear de golpe:
así brillan los besos
que recubren la piel de tanta ausencia,
pétalos que pastoreaba por el barranco tan hondo,
anterior a mi mirada
que ya encontraron los Pérez y los Troncosos
con los Mendozas surcando el Manu

o el Inambari
sin orden jerárquico por la subsistencia
de la que no salieron ilesos.
Luz y sueño.
Luz y pronto deseo
para mezclarse con las amazonas, como el errante
Alencar que a los cincuenta y tantos
buscó pareja de veinte para ahuyentar a la máscara
de la muerte.
Soy un peruano con muchas patrias:
por eso nunca me ha lacerado la soledad
ni me hace lagrimear el humo
del desarraigo.
Soy un peruano de única Tierra:
la de mi soplo original, la de mi labio vivo
moviéndose hacia la selva
con su abundante rumor de mundo.
Soy un peruano:
pasen hasta mi corazón y vean,
vean que no hay genuflexiones ni frases delebles
falseando méritos de peruanidad,
himnos van e himnos vienen
los días conmemorativos hechos nada
a la mañana siguiente.

Mi Perú es mío y solo lo comparto
con quienes hallan en mi voz su tremenda
identidad mestiza
por los cuatro costados.

En adelante
bajaré a beber del pezón más fresco
de esa Tierra que dejó su gracia
en mí

Despidiendo a Wesphalen

Lo hermoso es salir hacia la ingravidez del Principio,
San Juan por ahí, en soplo de dulzuras consagrando suburbios
de más arriba, Verbo como antorcha
capaz de traspasar lo remoto, o también Teresita mujersanta
pisando peldaños de su Castillo interior, Moradas
apareciendo y desapareciendo
por un tupido haz de estremecidos candiles para el retiro
nocturno de Emilio, todo remolino en su lento
vuelo mientras se desenreda de los olorosos cabellos
de Juliana y su shusuma.

¿Friolento yo? Es agosto, pero mi conmoción centella
escombros y pasiones de Von Westphalen,
frondas nemorosas donde su voz baja prevalece a la noche
de perros tramada por los afrentosos
para que unas bocas prefieran lodos y purulencias
antes que libar vinos alados humedeciendo hasta el límite.

¿Eres tú, Emilio Adolfo? ¿Por qué retienes mis pasos
a la orilla de esta playa portuguesa? ¿Acaso
saliste de Barranco hasta dar conmigo

o es que solo volviste para ojear huellas ardientes
al trasluz de tu sangre y tus errancias?

¡No quiero sordear terrestremente tu viento
de otra dimensión! ¡No quiero milagrear hoy que no es
octubre! ¡Espera, espera… que vienen Eguren
y Vallejo para que nos apretujemos confianzudamente!
¡Espera, que Javiercito viene mojado desde el río
de la serpiente, viene baleado con sus huesos absolutos,
viene con el termómetro roto del 63!

¿La muerte o la vida? Realquilaré tu nicho
porque sé que estás de vuelo por el cielo ungido
de mi savia, brisándome sin ayes
cucufatos, muerto hecho hombre hasta aquí asmeando
silencios o callando secretos, encalorecido
ayer por los papagayos ruidosos; sonriendo ahora
mientras te acuno y entreduermes
para siemprevivir en esta orilla del Atlántico
o en aquel Pacífico donde mucho mojaste tus dedos.

El poeta

(Alejandro Romualdo)

Eres Hierro y eres Piedra en la extensión del Otro: No
un ser melancólico que orina en los salones con
maquinal desidia; tampoco el que perpetra juramentos
salidos del retrete o copiados de un libreto
decadente que solo es bulla o roncha o ambición
defecada sin decoro.

Eres el del veneno Vital, el que restriega y mortifica
y carajea sin aceptar tres o treinta monedas
a cambio de estar en el limbo, suplantando versos
fecundos por estropicios líricos de aquellos
que lustran su pluma en medio del trasiego de viandas
y recomendaciones.

Eres franja oscura, terco anhelo, corazón
que pudo ser una Paloma: Hermano solo en el mundo;
hermano sin necesidad de certificado; hermano
cuerdo-bebedor pintando lo que abruma;

hermano escribiendo siempre a rachas; hermano
muriéndote de costado antes que Jano.

Eres algún viejísimo olivo al que creen leño seco. Yo
te conozco y sé que las patrañas contra ti no acaban.
Vienen finos tajos de cuchillo. Viene algún
basural por el trayecto. Pero viene el Dorado sin darte
cuenta, tarde sobre tu recesión, mientras recargas Luz
en Zona franca.

Eres el hastiado de homenajes sonantes.
Y te friegan los cóndores, como a César Abraham. Y
no te interesa la República, salvo la de Platón. Y no
eres ermitaño, pero viajar cuesta. Y no aceptas dádivas
o donaciones, exceptuando de una dama
cuya ternura debilita tu coraza.

Eres el Poeta que es música y es razón: Eres el dardo
en su totalidad. Ves diamantes y no te traicionas, aunque
el forense venga a estudiarte tres días después de muerto.

La casa de mis padres

No por obediencia sino por Amor, aceptando la prueba
de la distancia desde tan temprano, retorno
a mis entrañables pertenencias, a mis respiraciones de ayer
con saltos de alegría, Padre y Madre esperándome
con vuestras sangres llameantes, con vuestras antiguas
vigilias conmoviéndome el corazón eternamente,
fruto autónomo de un credo donde no hay fisuras
y sí música de los árboles, de los ríos, de los pastos. Sí
inmemorial cariño armado en la liturgia del sentimiento
puro al Cristo que nadie comprende, Ejemplo vuestro
en clave morse de los párpados, en ráfagas de la memoria
del que varias veces y siempre ha sido el hijo pródigo
que no malgastó vuestra herencia.

¡Qué latitud la de vuestro aliento, Padres;
por eso los abrazo con la puntería de mi Amor!

Padres de la velocidad de mis vértebras: Crezco afuera,
en una lejanísima fábula, náufrago sobreviviente
por la tabla de la emoción, por la lengua
sujeta a la intemperie, Órbita de vuestro incentivo para

el éxodo de mi sed, ¡Padres hasta el confín ávido
de mis oriundos besos! ¡Padres vivitos en la Casa
ambarina sobre el tiempo tropical de mi sangre
o sobre el Vítor planetario que pongo en un Reino
donde los santos no son estatuas! ¡Padres del alarido
de mi carne! ¡Padres del canto tierno hasta los huesos!
¡Padres, vuestra Casa merece algún eco
por sus cauces múltiples, por sus muchas moradas!

¡Qué fosforescente es vuestro ejemplo, Padres;
por eso yo nunca he dejado de veros!

Retorno a la muestra primaria del Amor.
Solo vuestras sonrisas brillan al fondo del salón. Trueco
besos por abrazos, abrazos por besos
para que bailen otro pasodoble los cincuenta años
que faltan. Trueco mis horas frías por vuestras vidas
anudadas a la selva y a las estaciones que no terminan.
Retorno anhelando esta Casa donde aprendí a caminar.

Ay, Señor, en nombre de los Pérez de Perú y de España;
en nombre de los Alencar de Brasil, de Bolivia y de Perú,
gracias doy por estos padres vivitos que no me faltan,
que aguantan, que se quieren de madrugada a madrugada.

Bellos padres acordándose de sus hijos y de sus nietos con un Querer sin fin, todo magma protector, todo llanto benéfico, todo perdón hasta sangrar los labios.

El viento se mueve en todas las direcciones y yo vuelvo traspasando océanos, vuelvo a la Casa cuya dirección está junto a mis grandes ríos. Heme aquí con las lámparas del espíritu, asistiendo a esta boda cuando hoy mismo se cumplen cincuenta años de la primera vez.

¡Qué inmensos Padres sois y seréis y habéis sido;
por eso yo nunca me ido de vosotros!

Amato Lusitano cura a Gaetano Campanotto con un bálsamo traído del Perú

-Ragusa, 1558-

¡Que Diogo Pires vaya urgente a los navíos
anclados en el puerto! ¡Que salga ahora!
¡Necesito más bálsamo del Perú, mucho más bálsamo
para curar al noble Gaetano! ¡Que me traiga todo
el Myrospermum pereirae que encuentre, lo necesito
para acabar con la infección que viene llagando la piel
del burgomaestre de Venecia!

¡Y mientras tanto, tú, Raquel, prepara palo de guayaco
para calmar las fiebres de María Abrabanel!
¡Debo atender a la sobrina de mi amigo Isaac,
debo ofrecerle las mejores plantas medicinales
que están trayendo del Nuevo Mundo!

¡Diogo! ¡Diogo! ¿Por qué demoras tanto Diogo?
¿Acaso no sabes que el respetable Gaetano
puede librarnos del acoso de los inquisidores?

¿Acaso prefieres que Mattioli se salga con la suya,
que su odio logre echarnos de Ragusa?
¿Acaso no es ya largo nuestro exilio como para tener
que irnos a la Salónica del gran Turco?

¡Nunca me fallaste, querido Diogo, ni entonces
en Salamanca ni hoy en esta ciudad del Adriático!
¡Tráeme ya ese oscuro líquido, tráemelo para curar
a tan altísimo personaje que oculta sus sollozos
mientras yo me nublo de saudade por la patria nuestra!

Humillación de la Pobreza

(Niño de tres años vendiendo chicles)

No decir tu nombre. Decir tus ojos reflejando fríos
decir tus manos extendidas; decir que perdiste niñez
porque un remolino de pobreza te estrelló por calles
donde escuchas palabras bruscas y palabras huecas.

No decir tu país o tu ciudad. Decir tu futuro en vilo,
dependiendo de valentías o vergüenzas devoradoras;
decir que subsistes en medio de los días quemados
y que no desfalleces, aunque todavía eres vulnerable.

No decir el color de tu piel. Decir que las hambres
te gritan desde que naciste; decir que tu foto no sale
en las páginas sociales; decir que el día te hizo cauto
y que la noche y sus rapaces están ahí para devorarte.

No decir discursos políticos o teológicos. Decir que
nadie remienda tus zapatos; decir que tu desamparo
se debe al orbe asqueroso de la codicia; decir llanto,
injusticia procaz, rabia ciega; decir pan mío para ti.

Wari Pachakutek cosecha las primeras papas en el Viejo Mundo

Allpapi papaqa / La papa en el suelo
manan sapallanchu wiñan. / no vive sola.
Sumaq waytayuk qurakunapas / Bonitas flores silvestres
papa ukukunapim wiñarin. / crecen en medio de los papales.

Wari me llamaban porque era protegido de los dioses
y creaba alegrías y atizaba el fuego sagrado del Inti.
Así era mi vida en el Cuzco con mi esposa Warasisa,
flor convertida en lucero para que yo viera su rostro.

A Castilla me trajeron curtidos marineros de las olas.
Aquí vine subido a wiraqocha, a la espuma del mar,
masticando coca la dura travesía para no llorar sangre
y ser un yawarwaqaq que pierde el alimento de los Andes.

Ahora pido que me llamen Pachakutek porque soy quien
cambiará el mundo y por mí comenzará una nueva era.
Meses atrás sembré semillas con brotes en esta ladera
próxima al río, calculando la época de las heladas.

Ya están amarillas las flores y han crecido los tubérculos.
Es tiempo de tocar mi quena, danzar con las manos al aire
y luego cantar a los apus mientras comienzo la cosecha:
Tarpuymanta allaykamaqa pichqa-ganchis killanam purin.

Los autóctonos se extrañan con este ritual de desentierro
pero pronto vendrán en avalancha a sembrar papa blanca.
Por la meseta y por el mar van sin naufragar mis cánticos
porque necesito vivir revuelto entre el pelo de Warasisa.

Yo soy el usuy, el que trae abundancia.
Yo soy el wayra, el veloz como el viento.
Yo soy el llaksa, el que tiene el color del bronce.
Yo soy el huksonjo, el fiel de un solo corazón.

Haré una pachamanca para festejar la cosecha primera
y que coman largamente la gente de esta tierra.
Esto lo hago porque mi nombre desborda libertad
y la vida es un soplo mágico en las orejas del otorongo.

Allpapi papaqa
manan sapallanchu wiñan.
Sumaq waytayuk qurakunapas
papa ukukunapim wiñarin.

Los rumbos del viento

IV.

De niño vi cómo el viento hacia volar a Marilyn Monroe.
Ella asomaba desde la hoja de un calendario que el viento
había arrancado del desvencijado taller
donde arreglaban la moto Honda chacarera de mi padre.

Vi volar a Marilyn regalando su blanca piel a los aires
y al imaginario de un ser despertando al alboroto de la carne.
Todavía hoy me froto los ojos
y ella aparece ondeando clarísima sobre el aire,
regresando sobre mí, volando conmigo entre árboles y luciérnagas,
entre lloviznas e infancias que no se arrugan
con el paso de los años.

Marilyn tanteaba mis cabellos y con sus labios llenos de carmín
parecía desearme buena suerte.

Voy creciendo
pero sigo esperando aquel mismo viento.

V.

El surazo ventea su frío a la Amazonía y la acatarra
y pone triste por unos días.

No baja de mentira dicho viento asustante.
Apenas lame y ya se instalan los escalofríos, las chompas,
las frazadas.

La selva calurosa conoce en agosto a un visitante
que baja drásticamente su temperatura.

Boca abajo el surazo hace estremecer a mis paisanos.
Boca arriba también anda el aire agarrotando el vuelo
de los gavilanes.

Pasa un viento helado para aquietar a la gente.
Pasa una sombra de cuero
y todos se meten a la cama para no morirse de pena.

VIII,

Venían a buscarme los vientos para interrogarme por el
pasado

y el porvenir. Yo demoraba mi respuesta, les ponía
vendas
para que se extraviaran por las lindes del planeta. Ah
con la insistencia de los vientos que no tienen moradas.
Horneaba
mis palabras a fuego lento, las ponía en un cofre y
después
perdía la llave. Pero los vientos probaban mi alma
susurrándome elegías o nombres de personas queridas.
Pero
los vientos pedían socorro en todas partes. Tomé pulso
a la
noche del mundo e hice sentar a los vientos bajo la
perfecta
sombra de un frondoso tamarindo. Allí coloqué
sandalias
a cada uno, les embadurné de azogue y di cierto alivio
a sus
ansias de saberlo todo. Ah con los vientos que mientras
viajan van trazando la cartografía de las revelaciones.

De MADRE SELVA

No dejaron cazar a don Luis Sanihue

No dejaron cazar a don Luis Sanihue
en el territorio que conmemoraba
sus latidos.

No lo dejaron entrar.
No quisieron que buscara comida.
De pronto las leyes protegieron al turista
y no al nativo; a las petroleras y no al poblador
del bosque; al animal y no al hombre cuya etnia
por siglos se sirvió de fauna y flora con prudencia.

Vienen y van,
mostrando vergonzosas licencias, aquellos
saqueadores de especies y pócimas ancestrales;
pero el guardabosque comunicó a Sanihue
que ya no tenía ningún derecho a mitayar
sobre el suelo de Tambopata-Candamo.

El mundo está al revés, se dijo.
Colgó arco y flechas
y se dejó morir
de hambre.

Madre Selva

Matriz del comienzo de mi existencia,
resurgen los verdes inolvidables
de las copas pintadas de los árboles,
del aire limpio que cubre
días de arco iris y privilegios.

Yo nunca cedería un amor
que me enlaza a sus carnalidades,
a resinas, a pulsiones encantadas
por lujosos caprichos del atardecer.

Una llovizna besa mis ojos
pues voy delante de todos, recontando
presencias que no se pueden ver,
vaharadas enroscadas al regreso.

Más allá de la mirada, todo se aparece
en el corazón adolorido, como
picado por huayrangas.

Es grande esta querencia,
este beber de ambrosías,
esta preñez de innumerables desvelos
por mi selva de los confines.

Y de boca en boca
(y de vértigo en vértigo)
rescato hasta el hollejo
del tiempo vivo que me resta.

Palizadas

¡Y qué me dirán ustedes
si les cuento que vi pasar palizadas
cargadas de achunis y trompeteros!

Pasaba lentamente alguna palizada,
con esa serpiente sólita soleándose
en la rama del renaco partido por un rayo.

Caían lluvias torrenciales
y el gran río bajaba crecido, arrastrando
troncos que guardaban el canto de los pájaros.

¡Es el padre invierno quien empoza los bajíos,
barre lo que quiere y lo deposita
en ríos y quebradas!

Volaban pihuichos sobre árboles a la deriva
y semillas flotando hasta podrirse.

Cosas así se veían pasar lentamente.

Balseros

Esta madrugada se escuchan voces
por la orilla del río.

Los balseros meten su tángana en la greda;
impulsan troncas aguas abajo,
hasta el aserradero de Maldonado:

«¡Ey, Amasifuén, coloca recto el remo de cola,
puede que estemos cerca de un remolino!»
«¡Oye Lagarto, alumbra rápido, carajo...!»

Los dejo entre sombras y neblinas,
demorándose en sus afanes, galopando
sobre troncas, silbando como ayaymamas.

Esta madrugada muy lentos me llegan
los sueños.

Soliloquio ante el río Amarumayo

Vivimos un tiempo que parece breve,
pero que crece y suma.
Y así, casi consumidas
las revelaciones, casi abrumado por rachas
de un amor que ordena sombras y despojos,
caigo de rodillas.
No hay tregua: surgen
alegrías que el recuerdo enciende, flores
suntuosas, señoras y señores, parientes,
ciudad y selvas repitiendo ecos,
instantes huidos de lo que muchas
veces fui.
            No hay tregua en la resta de horas
principales. Casi pálido, casi intuyendo
la continuidad que se avecina, caigo
de rodillas mientras ocurre, tres veces
caigo mientras se calienta la tierra mía
y me dona efluvios de clorofila.
Podría morirme
de ternura en este instante, dejar
el lagrimeo

para otro viaje, cubrirme
con hojas de plátano hasta que huya la vida.
Pero
me quedaré a ver qué sucede de pronto: si
el viejo castaño vuelve a florecer,
si se aviva la esperanza de los lugareños,
si el crepúsculo violáceo desliza
otra forma
de paisaje.
Toda sagrada intimidad
tiene complicidad de la memoria.
Sobre
las palmas de mis manos pernoctan luciérnagas
con su mundo luminoso, libélulas
temblorosas y hasta un picaflor aleteando
asombros.
Sí, es cierto, no hay tregua
cuando se retiene lo crecido bajo este cielo. Sí,
es cierto, mi tierra desde el aire
es una verde extensión con ríos visibles
e invisibles. Pero también hay poblados sin ayuda,
niños y hombres exhaustos, niñas en tal agonía,
mujeres que conciben y conciben.
El propio calor

es imán de la carne y repite desnudos y caricias.
Pero
no soy dueño
del futuro,
pero como hombre amo y soy generoso y no olvido
a quienes mal gobiernan mi terruño, despiertos
cuando las elecciones, dormidos cuando
triunfan: ¡Arre, arre, arre!
¿Qué manos manchadas veo? ¿Qué promesas
preparadas para el olvido oigo?
Pero,
¿quién soy yo
para reabrir heridas?
Carreteras por allí, océanos por allá, puentes,
puentes, proyectos que se escriben y dibujan,
asfaltos que posiblemente no verán mis ojos.
¡Tanta prosa envejecida!
¡Tantos discursos que no se entienden!
Tuerzo el cuello a los proclamados
y a los pavorreales. Y les recuerdo su grotesco
oficio.
Lo que llega de inmediato ya no son
esos aires amargos.
Lo que llega de inmediato

es el amor que brota de las gentes.
Lo que llega
de inmediato se escribe con lapiceros
antiguos: «Repite su mundo
quien lo cuida en el espíritu».
Así que aquí estoy
con lo mío, dando vueltas, intentando
revivir lo bien vivido.
Soy catador de esencias cotidianas.
Soy cazador que avanza, que invade lo nombrado
con palabras de homenaje.
Cumplo los cuarenta con gozo total,
embriagado por jarras de masato
fermentado
en la boca complaciente de la vida.
Cumplo los cuarenta y ocurre este soliloquio,
esta afirmación, este salmo que se envuelve
en el alma.
Si quisiera
exhibiría sapiencias, diplomas
y otros frutos de tenaz aprendizaje.
Pero no.
En este nuevo nacimiento
solo enseño lo que me es propio:

aquel reino de luciérnagas
o esta doctrina feliz del que mucho debe
y ofrece que coman de su plato
y siente que dulcemente el corazón se empapa
con locas alegrías y largas sombras.
Tiempo de solicitar hamacas para mecer ausencias.
Tiempo de barrer hojas secas y fatigas.
Tiempo de aplicarse bálsamos sanadores.
Larga fue la travesía por espejos del agua
y penumbras intraducibles.
Inmensas fueron las ciénagas
y trincheras traspasadas.
¿Dilapidé la ilusión del caminante?
¿Qué puedo decir luego del trecho recorrido?
Se alzan vestigios escritos en el polvo del camino,
en códigos y centones, en papeles
que algunos leen.
Pero no llegamos a nada. Nadie llega lejos
porque el Tiempo nos consume en su horno victorioso.
¡Fuera las imposturas!
Soy el testigo que no mutila su sonrisa,
el hombre dispuesto a que el pecho se le estalle
si extravía el amor, el beso de la tierra
o la ilimite comunión con el territorio exacto

del origen.
En esta renovada aventura
debo quebrantar reglas que barnizan
el artificio.
Es de rigor volver
con el asombro jubiloso
de la infancia.
Las palabras endebles se sostienen con tamishi.
Las palabras reumáticas se curan con ishanga colorada.
Las palabras famélicas se alimentan con tacacho.
Las palabras ebrias se maceran con chuchuhuasi.
Las palabras se expresan con cautela:
podrían parecen el anverso de lo real;
podrían no dejar germinaciones deseadas.
Lentamente
me embadurno con la humedad del aire,
con la dimensión que no se oculta,
con la tierra caliente que me hunde en alabanzas
mientras caigo de rodillas, tal como caen los viajeros
extraviados cuando encuentran un oasis.
¿Dónde guardan sus brillos los recuerdos?
¿Dónde trepan las orillas de otros tiempos?
Ese lugar no tiene nombre todavía
aunque reposa en el cuerpo entero

y se suelta en los sueños
y danza con sus contornos de almíbar
por el fondo de los ojos
o por vetas coronadas de la memoria.
En el corazón de todos está el agua del aire.
En el corazón de todos está el pueblo y el paisaje.
En el corazón de todos está la voz que convoca
a ese mundo escondido entre las llamas de los días.
A corazón abierto el mundo amado no se escapa:
acontece, se justifica, nace lento desde un río invisible
que trae espumas y hálitos de embriagada naturaleza.
Vuelvo a mirar árboles indultados
que resisten como viejísimas tortugas.
Vuelvo con mi verde acento intacto
y me sé quedar lleno de angustia
si pienso en el Ártico y el Antártico,
en islas de las antípodas que la marea va cubriendo,
en su vital dependencia de estas selvas.
Aires para el mundo entero descansan aquí,
con sus purezas y alocuciones.
Aguas para el mundo entero discurren por aquí,
bajando en silencio desde las cúpulas andinas.
He sentido el clima herido
y tengo idea que no aprendemos.

Ya todo
se oscurece
y voy veloz entre palabras definitivas.
Este año a las águilas les sobra miedo
por el desmonte de la selva.
Este año tigres y picuros van cayendo
en demasiadas trampas. Tan aprisa
se imponen las rotundas mentiras del desarrollo
mientras sigue el abandono del hombre.
Y yo, aquí, de frente a la realidad
de la muerte.
Unos pocos vecinos llegan
a escuchar mi canto. Tan dulcemente se acercan
que caigo de rodillas y desperdigo ofrendas
en la sementera del devenir.
¿Importa lo demás?
¿Alguien preguntará qué golpea mi corazón?
¿Quién irá conmigo hasta el cañaveral del río?
¿Qué ángel o amigo se vuelve olvidadizo
y no me reconoce y me niega el chapo caliente
del desayuno?
Por otra parte,
y a esta edad que me resiste,
los días callan como lenguas vencidas,

las noches se inundan de sonidos,
la casa de los sueños muestra sus destrozos,
los padres aparecen con devociones,
querencias y albores de fiesta,
los hermanos menores se cobijan en mis huesos,
las hermanas ofrecen al mundo sus niños resplandecientes...
Volver es vivir otro renacer,
desatar blandos poderes,
habitar sombras ramificadas
donde ecos te salvan, donde escuchas
ruidos pequeños y gentes sin mordaza.
Lentus in umbra,
como Títiro,
pegado a la sombra vuelvo,
vuelvo tarde, lo sé,
pero con pasos no vencidos
y en paz con todo el mundo.
Oh infancia de aserrín,
oh río Amarumayo
donde pesco sábalos,
donde al sol me baño,
¡moja mi epidermis,
bendito río de la vida!
¡inspecciona mis llagas!

¡acuérdate un día más
de este hombre ausente!
Humildes conjuros alejan
de mí boas y caimanes
cuando llegan loros
atraídos por mis oraciones,
cuando el agua turbia
se hace azul conmigo.
Río lento de mi amor,
vuelvo al requerimiento
de tu caudal secreto.
Con las lluvias enjuago
el tiempo alucinado.
Con tus aguas alimento
helechos que llenan espacio.
Los nubarrones no impiden
que descubra lo que es mío
en el barrial de tus orillas.
¿Mas cómo nombro ahora
las hojas tiernas y las guabas
que se desgajan de la arboleda?
¿Cómo expreso mi alegría, cómo
cuento esas intensas estrellas
que veo reflejadas en los ojos
del pájaro perdido que me mira?
Abdico donde se encuentra todo

aquello que rodeó mi corazón:
lecciones de colonos, imprescindibles
crepúsculos, amarillos intensos
del aguaje, vastas inundaciones,
sonrisas remansadas de la madre,
limones flechados en el aire por
Ramayo, curaca de los huarayos.
Abdico antes de otro amanecer.
Abdico de tronos inconstantes
y floto en el río que me llevará
a tierras bolivianas y brasileñas
envuelto en el lenguaje apacible
de sus aguas.
Oh fondo
primero de los días,
vengo de muy lejos para desvelar
emociones que esplenden
en mí desde que existo.
Esta
victoria
es la única
que reclamo.
Luego pueden darme poca luz, poca luz,
pocaluz...

El espíritu de la selva

I.

Martín Huallpa me rogaba: «jefecito, no se vaya
por esos montes, no sea que el Tunche se le aparezca,
no sea que se me vuelva con tristeza».
«En eso llega el ñato Pinedo, conocedor de los ojos
de la selva y procura darme rutas y contraseñas:
Tocayo, conviene no llevar machete ni escopeta.
Tampoco debes alumbrarle con linterna».

¿Alguien más conoce ese bosque lejano
donde nadie habita sino un espíritu
que no se ha desvanecido todavía?

II.

Apenas un extraño aliento que se expande por el aire.
Apenas un susurro tras árboles cubiertos de musgo.
No hay viento, pero las ramas tiemblan
como si tuvieran fiebre.

No es un sueño
pero tampoco el miedo consigue alejarme.

Entonces todo trasciende:
la noche levanta su oscuridad amontonada
y reluce el alma en pena
y me cuenta de sus esfuerzos por ahuyentar
a quienes la selva abatir pretenden.

III.

Yo no sé, pero creo que goteaban lágrimas
de los ojos del fantasma.

Quien llegue por ahí con motosierras,
pensando en hacer negocios,
será el auténtico cuco

Pido perdón por las ausencias

Pido perdón por las ausencias.
Yo soy el que llega desde lejos,
el hijo pródigo que se cobijó
en dorada ciudad de la vieja Castilla.

Pero sé que esta tierra es mía
y que toda distancia es inútil
y que su verde vida se descuelga
chicoteándome desde adentro.

Mi paz se multiplica cuando amanece,
cuando la intimidad es más estoica,
cuando termino de contar vivencias
que pueden salvarme o condenarme.

El ido regresa silabeando
la única contraseña que abre
las puertas de su selva.

De MEMORIAL DE TIERRAVERDE

Tierraverde

Tierra que cabes
en el tamaño de mi corazón,

por la piel del ojo
eres todo cuanto miro
y siento
como filiación y
penúltimo encantamiento.

Tierra enraizada
a la semilla de la resurrección,

abro diálogo contigo
y me donas
la bandera de tu desgarrada
arboladura.

Te quiero
indefinidamente verde,

tierra que oyes
como tocan a tu puerta
mis temblorosos nudillos,
siempre acompañados

de mariposas verdes.

Selva de hoy y de mañana

Tenemos el gozo
y la agonía balanceándose
en la memoria,
suelos arrasados, árboles humeantes,
frágiles orquídeas brotando.

La misma belleza es casi nada
si van mutilándola.

Por los aires el olor de los incendios,
la premonición oscura.
Dentro de las aguas el veneno,
como anticipo de lo fatal.

Oh selva nuestra, ¿cómo quitar
los arañazos de tu dermis,
harta de calamidad y latrocinio?

¿Mañana, cuando acabe
el desenfreno, aun podremos verte?

A todo tu cuerpo ponen precio
y pugnan por plusvalías,
cual laberinto de ambiciones.

Amazónico confín, ¡no
deseamos que estés bajo la acción
de la cadaverina!

Querámoste hoy
para que el mañana no te hiera
o despedace.

Mandamientos del trópico

I.

Moja mi voz
una tierra
y rápido crecen
los árboles.

Observo
ramajes al viento
y, sin corazas,
me sumo
a sus ademanes.

Oigo
alboroto de tucanes,
y es como si
me conversaran
de cerca.

Leo el evangelio
de la selva

para valorar todas
sus primicias.

Ah, verde realidad
que amo por
donarme su calidez
y su cuenta
de reino o paraíso.

El toro encantado

Quizás yo solo sea el reverso de una sombra
o la figura revelada bajo el último relámpago
sobre el paisaje de mi heredad,
allá donde estaba soñando el porvenir
montado sobre un toro tan antiguo como el amor,
más acá de la altura del barranco de los aguajales,
emplumado con calendarios que ignoran
la desaparición de tan verde lugar.
El toro es lo único que me resta de aquel paraíso.
Voy por sendas sobre tan noble animal
cuyo rugido es como rememoración del encantamiento,
de todo lo que era posible entonces,
cuando cielos y bosques ensanchaban mi corazón.
Quizás mi destino se fraguó alrededor del toro
cuyas fuerzas no flaquean por su cuero
resbaloso de presagios.
Pero todo se confunde en la ceremonia
que dentellea lo dichoso entre árboles ululantes
al sentirme volver tras larga ausencia.
Quizás en otra época mis pies trazaron la trocha
de libertad por el que me lleva el animal.

Al final del camino, el toro parece comprender
el mucho secreto de mi tristeza. Sabe de mí,
pues él mismo se grabó mi nombre en su frente.
Quizás yo sea ese toro que recoge las sobras
del festín y entierra las patas en el suelo
de su antiguo paraíso.

Crónica sorprendente de la última noche entre los Mashcos

Hueyyunda yakuatey,
huahuakyunka

Vete lejos,
ave feroz

: En lo oscuro
una luz se reordena
ante mis ojos y teje la faz
de los ausentes:

I.

Era la noche del Chinduteumankaeri,
el brujo que instigaba a los malos espíritus
para lanzarme flechas envenenadas
con sus fuertes brazos invisibles.

Furia marrón el lenguaje de las lianas
alucinógenas, violentos remolinos
dentro de mi cabeza, escupitajos de discordia
pretendiendo desnudarme el alma,
corriendo fuera del cuerpo...

Yo mismo me veía metido
entre serpientes de mortales venenos,
corriendo por bosques oscuros con aves agoreras
reproduciéndose hasta la desmesura,
esquivando caimanes que alzaban
sus fauces a la luna...

II.

Era la noche del Uaitemankaeri,
el chamán que quería enfermarme recogiendo
mis pisadas, cociendo esa tierra con hierbas,
resinas y sangres de mono y carachupa.

El tambo olía a masato y a carne ahumada
de huangana. Parecía que los malos espíritus
querían echarme del mundo atropelladamente,

contaminándome su oscuridad, corroyendo
con su tísico aliento el encanto de la vida.

Yo mismo me veía siendo víctima de un fuego
lento chamusqueando mis cinco sentidos,
enmarcándome en negruras de desespero
mientras hacían maleficios frotando
amuletos con la panza del sapo chifuemui
y sacrificaban a una niña por temores del brujo.

III.

Pero también era la noche del Huamandakaeri,
el chamán que sanaba con plantas medicinales,
el que azotaba con la ortiga llamada isanga,
echando humo de tabaco por mi cuerpo entero
y chupando la piel enferma, mientras cantaba.

Esta vez sus conjuros a Huarikurat, el hombre
que vaga por la selva, le dieron resultado:
sus gritos y soplos, sus manos, habían arrojado
al bosque todos los males de mi cuerpo.

«Hijo de Guatoncipo» -me dijo- «sube tu espíritu
al árbol de la vida, y en el Wanamey espera
que eche a los chamanes que hacen maldad.
Bebe esta ayahuasca preparada con chacruna
y hojas de toe. Ten en tu mano mi tayampi
adornado con plumas de paucár y guacamayo
y, cuando te encuentres con los espíritus
benéficos, les dirás: he llegado».

Yo mismo me veía entrando a un mundo
extraterreno, al Seron-Jaive, al río subterráneo
donde están instalados todos los muertos,
quiero decir las almas que el loro Yonka
deja pasar si ofrecen algo de yuca.

IV.

Dije: «He llegado», y entonces pude ver:
ahí el abuelo enjebando ponchos
mientras retumbaban los truenos de Yuperak;
ahí la abuela fumando deprisa bajo Eju,
el aguacero, en cuyas entrañas viven los maschos
que muy arriba se refugiaron del fuego;
ahí el tío Antuco embreando su canoa de cedro

para ir hasta la cabecera del río Colorado;
ahí Cameno, de donde acaba el Inambari, cantando:
«¡Tengo mujer para el amor, hai!,
¡tengo mujer para el amor, hei!,
¡echada en el suelo de pona
me espera mi Tojo para hacerme feliz, hei!»;
ahí el tío Jaime hablando las muchas lenguas
de las tribus del Alto Madre de Dios;
ahí la bisabuela Encarnación Mendoza
dándole pésimas noticias a don Domingo;
ahí el abuelo Pedro tomando cafezinhos;
ahí la tía Albina Ibérico, desangrándose…
ahí, justo ahí encontré con mi otro yo,
remojándose sus heridas, diciéndome:
«Calma, hermano del alma, ya todo pasó.
Ve y ten buena relación los que te quedan».

V.

Con gratitud, alzando el tayampi que me regalara
el Huamandakaeri, me despedí, diciéndoles:
iji-uai, me voy, iji-uai, me voy.

Díptico para el hijo

(Notomi, atsi naketyo ivatanankitsine
Hijo, yo primeramente iré)

I.

Mañana,
en otro tiempo
cuando yo no esté,

sentirás
mi Tierraverde
como tuya,

e irás a ella
como quien vuelve
a su propia
casa.

Tal alianza
surgió pairani,
tiempo atrás.

II.

Y aunque en los almanaques siga borrosa la fecha de mi viaje, en tu fuerza estaré yo, próximo a un júbilo sin límites.

Estaré para ti en la despertante claridad de todas partes.

Y también estaré contigo cuando otra vez anochezca.

De PAJAROS BAJO LA PIEL DEL ALMA

Garza vista al final del arcoíris

Sé que estos bosques
lagrimean sus resinas
si me sienten lejos.

Por eso vuelvo si puedo
donde la vida verde
recibe mi cuerpo
como suyo.

Durante un viaje
la lluvia bautizaba mis oraciones,
cuando por la orilla del lago
vi la belleza solitaria
de una garza en cuya cabeza
terminaba el arcoíris.

En esta tierra sagrada
terminé hundiendo
mis rodillas.

De INVOCACIÓN / INVOCAÇÃO
(Antología portuguesa)

Un abrazo más

Si tu padre te pide un abrazo más
—un último abrazo interminable—
acude deprisa donde él espera
mientras siente flaquear su vida.

Abrazo cual razón de ser del hijo
buscando fusionarse con su ancestro;
abrazo que transmita gratitudes
por todo lo pasado y lo futuro.

Y aunque la garganta se te anude
y los ojos se muestren inundados,
acude con el corazón consolado
por el inmenso amor que nunca falla.

Todos tenemos un padre encarnado
cuyo mayor deseo es un abrazo más
con el hijo que está por otras tierras.

Un abrazo más y no tantas hazañas.
Un abrazo que guarde la memoria.
Un abrazo de hoy, pero indeleble.

Padre e hijo, torre y fortaleza:
un abrazo más que ya les sobreviva
volviéndolos uno solo en Dios.

Las voces oídas

«No sabes cuánto me ayuda oír tu voz»,
dice el padre, lejos, muy lejos del hijo
que llama para estar en comunión
bajo sus conmovedoras existencias,
rozando el espacio del mundo, el aire
de las ondas que trasladan sus voces,
el minuto del intercambio de palabras.

No puede ser indecible esta verdad
que oyen y sienten los dos, al teléfono,
esperando el turno de sencillas frases
que evadan geografías o transmitan
parcos testimonios de los dos confines,
felices partituras del milagro de vivir,
esfuerzos van, intuiciones vienen…

Las voces se oyen en las entrañas,
en la médula ósea de cada cual, rastro
o melodía familiar e intransferible
en la cavidad auditiva mientras habla

el padre y escucha el hijo que tapona
los huecos inevitables de toda lejanía.

«No sabes cuánto me ayuda oír tu voz»,
repite el padre, y el hijo lo siente cerca
cuando va acabando, mientras promete:
«Cada semana te estaré llamando».

De EN EL ANDÉN
(Antología argentina)

En el andén

Del alba al crepúsculo
estás por el andén de tu orfandad,
esperando divisar
al padre más amado.

Por si eso no bastara,
los sueños –o la memoria–
te permiten levantar
la tapa de lo vivido
y la nebulosa donde lo supones
como extraviado.

En esta estación
el amor es la contraseña
(o la suplicante fuerza)
que abre las válvulas
por donde es posible que pase el tren
con el padre que limpió todas
tus heridas.

Ese y ningún otro retorno
es la Dicha para ti.

PADRE DE TODO AMANECER / FATHER OF EVERY DAWN

(Poema musicalizado por el israelí Asi Mesquin)

Cada amanecer te veo
iluminado por luciérnagas
y abro mi corazón
que nunca te engaña.

Así no te me alejas.
Así te reconozco
tras las sombras
o bajo las lluvias.

Y mientras cantan los pájaros
te entrego mis tesoros,
sencillas palabras
que solo hablan de amor.

Contigo no hay ausencias
porque viajas conmigo,
aunque crezca la muerte,
aunque estalle el olvido.

De PARA DESPUÉS / PER IL DOMANI
(Antología italiana)

Nos patriam fugimus

(In memoriam Eduardo Chirinos)

Un adiós entre las sombras
es lo que menos confunde
o perturba a tus frágiles
oídos.

Por otras latitudes,
lentus in umbra,
selecciono versos tuyos
en la memoria de la inocencia

y se hacen ruiseñores
o luciérnagas,
cosecha abundante
para el regreso en otra edad.

Nos patriam fugimus.
También tú, querido Eduardo,
sin heridas caíste
bajo lo oscuro de Missoula.

Perdiste una o dos patrias,
es cierto,
pero es otro el destino
de aquel que habita junto

a la diosa Ambarina.

De EM FRENTE DO MAR, EMUDECI /
ANTE EL MAR, CALLÉ

IX.

¡Mis ojos niños recuerdan un mar que no conocía!
¡Era el Pacífico!

Ahora mis ojos adultos contemplan el Atlántico
(hoy no quieren estar en otra parte).

¡Tenaz hermosura el de este ahora!

El mar revienta contra las rocas. Se pone a bramar ante mí.
Todo es tan real como el ruido del mundo,
como la sombra canalla de los dictadores, como el instinto
de unas manos delicadas.

¡Frágil verdad de lo que parece un sueño!

¡Este mar desde antaño me espera y me moja hasta salarme
para así conservar mi corazón latiendo en él!
¡Este mar para la promesa del miércoles, sin piratas
ni galeones!

Se oyen canciones posibles acompañando aventuras de un niño.

¿Cofres escondidos tras la niebla?
Islas lejanas, ¿dónde?

De UMBRALES DE LA MEMORIA
(Antología dedicada a Ruiz Peña)

Lluvias

En la memoria grabé
todas las lluvias que arrullaron
mi infancia,

lluvias inagotables de la selva
mojándome todavía
para que no olvide su lenguaje

o concierto
sobre el techo de lata y crisneja
de la antigua casa.

Lluvias que verdearon
hasta la piel de mis ojos, aunque
eso no importa.

Lluvias prolongándose
hasta la misma hora del día
siguiente, para que así
los ríos no parezcan dormidos.

Lluvias que he gozado en la balanza
de mi mundo primero, allí

donde el aire está caliente
por ambos lados
del arco iris.

INÉDITO

En Lima, por la casona de Derecho

Siete lustros reposé en la memoria
esta ofrenda para mis buenos
amigos de la Facultad

Las auténticas amistades
están a salvo de las efímeras incandescencias,
de los yerros impávidos,
de la pólvora noctívaga que generan
las desolaciones.

En Lima absorbí toda la garúa fría
que ha existido, sin contar los ruidos
o el humo negro que aventaban carros y autobuses,
como los de la línea Cocharcas-José Leal,
por ejemplo.

Vuelo hacia atrás semejando al picaflor de mi selva,
recordando los seis años vividos
por esa ciudad empobrecida de bosques y ríos.
Recordar, amigos, es el oficio encendido

de quienes desdeñan los calendarios rapidísimos
y se aferran a días eternos, de esos que no acaban
de pasar hasta que sus carnes buscan
vestirse de resurrección.

Así vuelvo a esa Lima trepidante
donde también hice amigos en la Facultad de Derecho,
por la señorial casona de la avenida Javier Prado
que ya no existe, según me informan.
Debe ser cierto para muchos, pero cierro los ojos
y abro las compuertas del corazón:
entonces recupero rostros y voces, compañeros
y maestros, lecciones con códigos o manuales en el aula,
pero también muchos viernes disfrutados en el Superba
de la avenida Petit Thouars: certezas de lo cierto
empapando los arbotantes
de la memoria.

No se trata de sustituir la arena del reloj
ni de negar las canas que salpican o tiñen por completo
nuestras cabelleras.
No, no se trata enumerar logros y alegrías,
o de testificar cómo la vida hunde en nosotros
su estilete.

Para ustedes, por mi memoria congregados ahora
en la vieja casona, va mi abrazo indeleble
y sin distancias.

Lo que fue nuestro nos sobrevive,
amigos.

Luciérnagas

Me acerqué al encantamiento.

Vi farolas al crepúsculo,
mecheros encendidos como fuegos
aleteados.

Dádivas volando, centellas
delante de mis ojos.

Fue en el tiempo de la infancia.

Fue cuando se tejen asombros
ante la luz de las luciérnagas.



Colección
Lima Lee

